

Editorial Bambú es un sello  
de Editorial Casals, SA

© 2003 Àngel Burgas e Ignasi Blanch  
sobre *Pequeñas historias del Globo*

© 2003 Àngel Burgas e Ignasi Blanch  
sobre *Pequeñas historias subterráneas*

© 2010 Diana Seguí sobre la traducción

© 2003, Editorial Casals, S.A.

Tel.: 902 107 007

editorialbambu.com

bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustraciones hechas con lápiz y café:

Ignasi Blanch

Sexta edición: julio de 2016

Cuarta edición en Editorial Bambú

ISBN: 978-84-8343-123-8

Depósito legal: M-34.077-2010

*Printed in Spain*

Impreso en ANZOS, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

## Los tilos de Berlín

**C**uando Anke se asoma a la ventana de su casa, ve un árbol, un tilo. Su madre le explica que aún es joven, y que por eso tiene el tronco tan delgado.

–Fíjate –le dijo hace tiempo–, es el mismo tipo de árbol que hay en la gran avenida, por la que paseamos con papá los domingos.

Anke pasea con sus padres y, de vez en cuando, también con sus abuelos, por una calle grande repleta de tiendas y edificios antiguos. Allí está la ópera, los teatros, y hace tiempo se hallaba el palacio de la llama encendida, que era una especie de habitación sin muebles, con grandes letras en las paredes de mármol, y con una llama encendida día y noche.

–Los tilos de la avenida, que precisamente se llama «Bajo los tilos», porque tiene muchos, ¿a que son grandes, altos y tienen muchas hojas? Los tilos de la avenida son como

papá y como yo, bueno, ¡como los abuelos! –ríe su madre–. En cambio el tilo que ves desde la ventana es joven y delicado como tú.

Anke decidió bautizar al tilo que había frente a su casa con su propio nombre. El tilo Anke.

Recuerda que antes de que vinieran los camiones a plantar el tilo, delante de su casa había una pared. Aprendió a andar cogida de la mano de su madre mientras con la otra tocaba aquella pared. Por allí no pasaban coches, y se podía jugar. Ella era muy pequeña, pero se acuerda bastante bien; de la pared larga que no se acababa nunca y de los otros vecinos que jugaban allí.

Pocos meses antes de que plantaran el tilo, Anke conoció a sus abuelos. No los había visto nunca, ni a la abuela Ute ni al abuelo Wolfgang, solo en fotografías. Su madre nunca le había hablado de ellos.

–¿Dónde están?

–Viven muy lejos.

Un día Anke vio cómo su madre miraba con ojos tristes a su padre cuando hablaban de los abuelos y pensó que tal vez por eso siempre le decía que vivían lejos, porque cuando murió el abuelo de Gabi, una amiga del colegio, creyó que quizá los suyos también debían de estar muertos.

–Mamá, ¿los abuelos están muertos? –preguntó un día.

–No, cariño. Están vivos, pero viven lejos y no pueden venir.

Anke se dio cuenta de que, como siempre, su madre miraba a su padre con ojos tristes.

–¿Pero dónde viven? ¿Cómo se llama el sitio en el que viven?

Su madre la acarició.

–Charlottenburg. Así se llama el sitio donde viven.

Ute y Wolfgang le enviaban regalos a Anke por su cumpleaños, y también por Navidad. Cosas preciosas de Charlottenburg: caramelos envueltos con papeles de colores, camisetas con dibujos, muñecas que parecían mujeres de las de verdad. Las amigas de Anke estaban encantadas con las muñecas de Charlottenburg y querían tener muñecas similares, pero no había ninguna tienda de Berlín que las vendiera. Tampoco había caramelos como los de Charlottenburg en Berlín, y Anke tenía que invitar a sus amigas para que los probaran.

Un día, en el colegio, la maestra Frau Borgerding les enseñó un mapa del país, Alemania. Todos los compañeros de clase se sorprendieron de lo grande que era.

–Pero, ¡aún es mayor! Aquí solo se ve el trozo de país en el que vivimos nosotros.

Debajo del mapa, a la derecha, estaba el nombre del país: DDR. «La República Democrática Alemana», dijo la profesora.

Anke alzó la mano desde el fondo de la clase cuando la señorita estaba a punto de enrollar el mapa que había descolgado de la pared.

–Frau Borgerding, ¿dónde está Charlottenburg?

La profesora la miró, extrañada.

–¿Charlottenburg? ¿Quién vive en Charlottenburg?

–Allí viven mis abuelos –dijo Anke, satisfecha–. Está muy lejos de aquí, ¿verdad?

Anke pensó que, aunque la maestra sonriera, sus ojos también parecían tristes.

–No, guapa, no está tan lejos. ¡Charlottenburg está aquí mismo en Berlín!

–Pero, ¡si Berlín es nuestra ciudad! –exclamó Anke.

Aquella noche los padres le aclararon algunas dudas.

–La maestra tiene razón, Anke. Charlottenburg está muy cerca, a la vuelta de la esquina.

Le explicaron que la ciudad, Berlín, se había dividido muchos años antes de que ella naciera. Antes era una ciudad única, grande, llena de gente. Eso Anke no lo entendió del todo, la dividieron por la mitad: unos habitantes se quedaron en un lado, y los demás en el otro.

–Y, ¿por qué?

Sus padres no supieron cómo explicárselo.

–Cuesta entenderlo. Ni nosotros ni los abuelos, que ya entonces vivían en Charlottenburg, un barrio parecido al nuestro, hicimos nada malo, ni recibimos ninguna explicación. De golpe, un día, vinieron unos soldados y en solo una noche construyeron este muro que hay delante de casa. Y la gente que vivía en este lado no pudo pasar nunca más al otro lado.

–Pero, ¡si está muy cerca! –exclamó Anke.

Tenía razón. Desde la terraza de casa se podían ver las casas y las calles del otro lado del muro. Anke veía coches,



y letreros luminosos, y oía el ruido del tráfico, y veía tejados, y edificios muy altos, quizá no tan altos como la torre blanca de Alexanderplatz, nada menos que la plaza más grande de su ciudad.

–Los abuelos viven allí –le dijo su padre–, pero nosotros no podemos ir, ni ellos pueden venir. Bueno, los abuelos pueden venir de vez en cuando. De hecho vinieron cuando tú naciste, pero no lo pueden hacer muy a menudo.

Anke vio llegar a sus abuelos el día que abrieron una brecha en la pared. Sus padres estaban muy contentos.

–¡Anke! ¡Anke! –gritaba su padre dando saltos y botes de alegría. ¡Ya han derruido el muro!

Sus abuelos trajeron comida, le besaron mucho, y lloraron mientras se abrazaban con sus padres. Después todos juntos fueron a pasear.

–¡Quiero ir a Charlottenburg! –anunció Anke.

Habían derribado aquella pared tan larga, y aquella tarde todo el mundo hacía cola para pasar de una parte de la ciudad a la otra. La gente cantaba y brindaba con champán. Toda la familia cogida de la mano pasó al otro lado de la pared y pisó las calles que hasta entonces solo veían desde la terraza de casa. Fueron a pie hasta Charlottenburg. ¡Menuda caminata! ¡Parecía el día de la Fiesta Mayor!

Ahora Anke tiene quince años, ya es toda una mujer. Cuando se asoma a la ventana y ve el tilo que se llama Anke como ella, se acuerda de lo que pasó aquellos días. No vieron soldados a derribar la pared larguísima, sino grúas y

máquinas excavadoras, y gente muy amable. Donde estaba el muro hicieron un paseo, y plantaron hileras de tilos. Los niños pequeños del vecindario ahora juegan a su alrededor, y ya no necesitan aquella pared para aprender a andar. Lo hacen con las dos manos libres, vigilados solo por sus madres y sus padres, sintiendo el aroma de las flores de las jardineras, y a la sombra de los jóvenes tilos, que poco a poco crecen bajo el cielo de Berlín.



## Las casas frescas

**L**os turistas pagan cinco dinares, que es la moneda de mi país, para subir al camello de papá y dar una vuelta por el pueblo. Ninguno de nosotros pagaría tanto dinero para hacerlo, pero los turistas sí, y papá está contento.

Yo me llamo Bechir, y soy de Matmata. Es un pueblo pequeño de Túnez, que está en una colina. Antes, en el pueblo vivía más gente, pero ahora muchos se han trasladado a Matmata Nouvelle, que es un pueblo nuevo que está cerca de la carretera, al pie de la colina. Los turistas prefieren subir aquí arriba, porque hay más hoteles, y más camellos, y casas bajo tierra. Pero nosotros no tenemos hospital, ni farmacia, ni escuela. En cambio, en Matmata Nouvelle tienen de todo.

Cada mañana papá saca el camello del establo y lo lleva a la plaza que hay delante de los hoteles. Los días que no voy en autobús a la escuela, que está en Matmata Nouvelle,



le acompaño y por el camino nos encontramos con otros vecinos que también llevan sus camellos hasta la plaza. A primera hora ya hay turistas que, con cámaras fotográficas y mochilas, esperan a los camelleros para ir a dar una vuelta de cinco dinares.

Papá es muy simpático y siempre pregunta a la gente cómo se llama antes de subir al camello. A menudo no los entiende, ni los nombres ni qué dicen, pero él hace como que sí y les sonrío. A veces yo ayudo a los niños pequeños, o a los señores y señoras mayores, que no saben cómo subir al lomo del camello, y se tambalean tanto que están a punto de caerse. ¡Y ya ha pasado más de una vez que turista y cámara se van al suelo cuando el camello se pone derecho! Papá me dice que me tengo que aguantar las ganas de reír, y que seguramente nosotros tampoco sabríamos subir a los animales que tiene aquella gente en su casa.

–Pero, ¡si no tienen, hombre! –le digo yo–. ¡Ellos utilizan motos brillantes y coches velocísimos, como los que se ven en las películas!

Esta mañana un grupo de unas veinte personas esperaba en la plaza. Con ellos estaba Medir, el hijo del señor Hassan que, como habla idiomas y se entiende con los turistas, puede trabajar de guía. Dice mi padre que Medir necesita diez camellos: los belgas quieren salir a pasear todos al mismo tiempo, en grupo, dos en cada camello. De momento hay siete, y faltan tres. Papá les dice que si se esperan diez minutos, llegarán el señor Ahmed; su hijo, Mustafá, y el señor Naguib.

–¡En diez minutos ya tendrán diez camellos! –anuncia Medir a los belgas.

Una señora nos quiere hacer una foto a papá y a mí, al lado del camello, y su marido también se añade. El hombre nos pasa un brazo alrededor del cuello y la mujer nos echa la foto.

–Yo me llamo Mohamed –le dice papá en francés–. ¿Y ustedes?

La mujer se llama Alice, y el hombre Hans. Nos dan dos dinares, uno para cada uno.

–*Merci madamme!*

Cuando los turistas están en los camellos y han perdido el miedo a caerse, Medir propone iniciar la marcha. Yo camino junto a papá, que lleva las riendas de nuestro camello, sobre el que traquetean, cogidos del borrén de la silla de montar, el señor Hans y la señora Alice. ¡Qué gozada ver este desfile de camellos tan cargados de gente!

Damos una vuelta por los alrededores de Matmata, subimos un pequeño monte, pasamos cerca de unas casas de piedra encaladas y Medir indica el mejor lugar para fotografiar el paisaje. Nuestro pueblo es seco: hay poca vegetación, solo matorrales y palmeras. A los turistas les gusta el desierto, aunque echen de menos las cosas bonitas y nuevas que tienen en sus casas.

–Ellos viajan para ver precisamente aquello que no conocen –me explica papá cuando yo le pregunto por qué les gusta nuestro pueblo–. Pero también les reconforta pensar la suerte que tienen de disfrutar de tantas cosas, cuando nosotros tenemos tan pocas.

Al llegar al barrio en el que vivimos la mayoría de camelleros, Medir ordena hacer una parada de diez minutos para que cada uno lleve a los turistas a visitar su hogar. A los turistas también les interesa ver cómo vivimos, especialmente los que tenemos una casa bajo las rocas.

Algunos camelleros solo viven en las grutas de Matmata durante el verano, porque se está fresco bajo tierra, y porque así pueden aprovechar las visitas de los turistas, que siempre supone ganar unos dinares extras. Durante el invierno, sin embargo, cuando hace frío y el día se acorta, se van a vivir a un piso de Matmata Nouvelle. Nosotros vivimos todo el año aquí: papá todavía no ha ahorrado bastante dinero como para comprar un piso allí abajo.

Ayudo a la señora Alice y al señor Hans a desmontar, y los sujeto de la mano mientras papá, como puede, en francés, les explica que iremos a visitar nuestra casa, para que conozcan a nuestra familia y vean cómo vivimos. Yo silbo bien fuerte para avisar a mamá de que ya hemos llegado, y para que tenga tiempo de despertar a la abuela y ponerle el turbante en la cabeza.

Mis hermanos, Mohamed y Yaisa, salen a recibirnos a la puerta, les siguen mamá y la abuela, que anda curvada con la ayuda de un bastón de caña tan corto que la nariz le queda a tres palmos del suelo.

—¡Ésta es mi familia! —dice papá.

Los señores belgas nos echan una foto a todos juntos, mientras la abuela coge del brazo a la señora y la invita a bajar la escalera de piedra que lleva a la gruta. El interior es muy fresco, algo que los señores agradecen. La abuela,

con un golpe de bastón, les va mostrando las diferentes estancias: la cocina, con fogones de piedra y leña; nuestra habitación, la habitación de mis papás, que tiene la cama con mosquitera, y especialmente su habitación, la gran habitación de la abuela, con una cama muy grande, una mecedora vieja, y el *tetrabrik* estrujado de zumo de fruta que ella utiliza para abanicarse.

Es una casa sencilla, no es de las más bonitas del pueblo. Todas las paredes son de piedra, ya que la casa ha sido excavada en la roca. Mamá adivina, por las expresiones del matrimonio belga, que no les gusta mucho, que la ven pobre y con falta de comodidades.

El señor Hans no para de fotografiar a la abuela, que lleva la cara y las manos teñidas de *henna*, con dibujos. También fotografía el lagarto blanco que mi hermano lleva sobre el hombro.

Yo soy el primero que pide dinero a los belgas, y acto seguido lo hace mi hermano, y la abuela, y mi hermana, y finalmente mamá. El señor Hans y la señora Alice buscan monedas en los bolsillos y en el bolso, e intentan repartir los dinares entre todos. Cuando la abuela ya ha conseguido su parte del botín, deja de interesarse por los extranjeros y vuelve a su habitación a abanicarse.

—¡Tenemos que irnos! —dice papá.

El señor Hans y la señora Alice vuelven a subir el camello con mi ayuda. También lo hace el resto de turistas, que va llegando de las diferentes casas del vecindario.

—¿Han sido generosos, Bechir? —me pregunta el señor Hassan, que ayuda a subir a sus huéspedes al camello.

–¡Bastante! ¡No nos podemos quejar! –le respondo.

La señora Alice me acaricia la cabeza desde el camello y me pregunta si entiendo francés.

–Un poco, señora Alice –le digo.

–Nos ha gustado mucho conocer a tu familia. Y ver la casa donde vivís. Si algún día vienes a Bruselas, estaremos encantados de enseñarte la nuestra.

En Matmata hace mucho calor, sobre todo en verano. Me han dicho que en Europa y en América, como en algunos hoteles de aquí, hay aparatos de aire acondicionado en las casas. Ya sé que es muy difícil que yo pueda viajar a Bruselas para visitar la casa de la señora Alice, pero papá siempre dice que las cosas cambiarán algún día, y que sus hijos harán aquello que él no ha podido hacer nunca.

–¿Tienen aire acondicionado en su casa, señora Alice?  
–le pregunto.

–¡Claro! No te preocupes por eso. Cuando nos vengas a ver, no pasarás calor.

Los camellos han formado fila india, y atravesamos el pueblo de vuelta al hotel.

## Lluvias tropicales

**E**l viejo Efraín dejó la cesta cargada de cocos cerca del mar, se arremangó los pantalones y hundió los pies en el agua. ¡Qué bien se estaba! Se giró y miró cómo el niño que lo había acompañado durante toda la jornada también dejaba la cesta al lado de la suya y entraba en el mar. Se quedaron unos minutos en silencio, con los pies en remojo, mirando la línea del horizonte.

Eran las siete de la tarde y quedaban pocos bañistas en la playa.

–Y tú, ¿de dónde vienes, Chacho? –le preguntó Efraín al niño.

–Nací en Medellín, señor.

–¡Madre mía! –exclamó el hombre –. ¡Eso está bastante lejos!

–Tiene razón. ¡Hay un buen trozo de allí hasta aquí! –dijo el niño.